

En el entretanto, reinaban á la vez la alegría del triunfo y la desolación: á los despachos que anunciaban sus grandezas habían sucedido los mensajes que enumeraban los muertos, y en la casita de Rezonville, en donde pasó la noche de Saint-Privat, y luego en su cuartel general de Pont-à-Mousson, supo el rey á qué precio le otorgaba Dios la victoria. Todos los testimonios convienen en que aquellas noticias le trastornaron y la impresión que sintió agravóse por la categoría de las víctimas que en los regimientos de la Guardia pertenecían á las más ilustres casas de la monarquía; y Bismarck, embargado también por la emoción que á todos dominaba, decía á sus familiares: «Mañana no habrá en toda la nobleza prusiana una sola familia que no haya de vestir luto.» Alemania decidió consagrar los lugares en donde tantos valientes habían sucumbido; hoy, lo que fué campo de batalla es cementerio, y aunque todos los demás testimonios desaparecieran, se podrían reconstituir los combates por los sitios que ocupan las sepulturas: en Vionville, en Flavigny, en el lindero del bosque de Tronville, los soldados del III.º y del X.º cuerpos tienen sus monumentos; la brigada Bredow tiene el suyo cerca de la Vía romana; en el barranco del Mance, un corneta de bronce fundido parece todavía llamar al combate á los cazadores renanos; en el bosque de la Cusse, en las inmediaciones de la vía férrea, están las piedras sepulcrales de los hessenses; y en las vertientes de Amanvillers y de Saint-Privat, multitud de tumbas de magnificencia un tanto demasiado fastuosa recuerdan á la posteridad la gran inmolación de la Guardia. Si seguimos la línea de la frontera al Oeste de la meseta, veremos que su trazado se aproxima ó se aleja según un dibujo extraño que parece sólo inspirado por el capricho; es que el anciano rey quiso, en lo que pudo, englobar en la patria alemana los lugares en donde descansaban sus soldados. Esta profusión de homenajes póstumos ha sido sugerida por una feroz arrogancia tanto como por un sentimiento piadoso. Hay algo de provocación en aquellas tumbas que miran á Francia y que con sus inscripciones, sus estatuas y sus emblemas diríase que todavía la amenazan. Aquellos muertos, como los fuertes, como los caminos estratégicos, como las oleadas de inmigrantes que llegan de Prusia, guardan el territorio; habiéndolo conquistado con su sangre, parecen ser sus dueños y desde el fondo de sus orgullosos sepulcros proclaman una conquista tan duradera como la eternidad de su reposo.

En aquel vasto cementerio, en donde por todas partes dominan las águilas alemanas, algunas cruces esparcidas señalan las sepulturas francesas, pocas en número, modestas y como perdidas en lo que fué patria. El principal monumento, erigido en la campiña de Metz, álzase en Sainte-Marie-aux-Chênes, á la memoria de los soldados del 94.º de línea. Como si la enemistad de las dos razas fuese más poderosa que la muerte, nuestra patria ha preferido traerse las reliquias de los suyos á dejarlas en tierra usurpada: ha habido allí una especie de

emigración de los muertos; en la aldea, conservada á Francia, de Mars-la-Tour, se ha levantado un monumento y luego la iglesia se ha convertido en capilla funeraria, en la que nuestra patria ha reunido lo que ha podido de los restos de sus hijos.

Media gran distancia entre estos modestos recuerdos y la profusión magnífica de los mausoleos alemanes; tal vez se pensó que demasiado fausto contrastaría con nuestra suerte precaria; acaso también una delicadeza genuinamente francesa ha creído que el dolor verdadero pierde ostentándose. Por fortuna el valor no se mide por el esplendor de los recuerdos que lo consagran. Al hablar del ejército de Metz hemos tenido que enumerar las faltas de quien lo mandó; pero las aberraciones del jefe en nada amenguan la bravura de los soldados. En aquellos días de agosto, el ejército fué vencido, pero después de tales proezas, que al dolor se sobrepone un sentimiento de orgullo: los combates del 4.º cuerpo en las inmediaciones del *Fond de la Cuve* y del bosque de Tronville; la defensa de Sainte-Marie-aux-Chênes, la resistencia de la granja Saint-Hubert y la lucha delante de Amanvillers constituyen otros tantos episodios que la posteridad no olvidará; y en cuanto á los supremos esfuerzos de Saint-Privat, su recuerdo será tan duradero como la misma Francia. La admiración sube de punto al considerar lo que al valor añade el infortunio. Cuando se recorren aquellos campos de batalla cubiertos de trofeos enemigos, los ojos se fijan, no en los vencedores, algo demasiado soberbios para conmover, algo demasiado saturados de sus propias alabanzas, ni siquiera en aquellos de los nuestros á quienes sostenía la emulación de la recompensa ó de la fama, sino en los héroes anónimos que, sin gran esperanza, pero también sin miedo, sucumbieron para salvar ó reconquistar todo lo que la inercia de un jefe culpable había llevado á la perdición. El pensamiento se inclina hacia los más humildes, hacia la obscura multitud de los sacrificados, hacia aquellos á quienes la patria, empleando el mismo lenguaje que la Iglesia, denomina mártires, hacia esa masa ignorada que el mundo no ha conocido ni conocerá jamás y á la que sólo Dios puede pagar la deuda que la tierra no les ha pagado. El día de Difuntos, en las parroquias de nuestros campos cristianos, cuando el sacerdote celebra la conmemoración de los muertos, pronuncia uno á uno todos los nombres, desde los más notables hasta los más humildes; y luego, una vez terminada la lista fúnebre, busca el más abandonado, el más desheredado, y añade, á la intención de aquellos cuya memoria no se conserva: *Oremos por el alma más desamparada*. Sea esta nuestra plegaria, y entre todos los que en las batallas que hemos narrado derramaron su sangre, consagremos preferentemente nuestro homenaje á los más olvidados, á los que ninguna recompensa han recibido de los hombres, á los que, aun en el recuerdo de sus allegados, no representan sino una imagen borrosa, pero cuyo nombre ha grabado en el cielo Dios, que corona el sacrificio y repara los olvidos.

LIBRO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO

EL CAMPAMENTO DE CHALÓNS

- SUMARIO: I.—Después de Froeschwiller; el 1.º cuerpo en Saverne; gran confusión que nace de la derrota. — Paso de los Vosgos: llegada á Sarreburgo (8 de agosto). — El 5.º cuerpo: cómo es arrastrado en la retirada del 1.º: órdenes contradictorias que se reciben de Metz. — Cómo continúa la retirada: el 1.º cuerpo; el 5.º cuerpo. — Suerte del 7.º cuerpo. — Concentración general hacia Chalóns.
- II.—El campamento de Chalóns: en qué desorden afluye todo allí: peligros de toda clase: fermentos de indisciplina: ninguna defensa contra el enemigo. — Despacho del general Schmitz al ministro de la Guerra. — Llegada del general Trochu al campamento.
- III.—El emperador: su viaje; su llegada al campamento de Chalóns (16 de agosto). — Cómo se encuentran reunidos en aquellos lugares varios de los principales actores de la política y de la guerra; el príncipe Napoleón: Mac-Mahón: Trochu. — Conversación que se entabla entre los que rodean al emperador y éste, y cómo esta conversación se convierte en verdadero consejo: incidentes varios: graves puntos que se discuten; resoluciones que se adoptan (17 de agosto). — Partida del general Trochu, nombrado gobernador de París.
- IV.—El gobierno de la Regencia; ideas secretas que en él dominan; la emperatriz y el general Palikao. — Cómo la primera noticia de las resoluciones adoptadas en Chalóns disgusta en alto grado á una y á otro. — El general Trochu: entrevista con la emperatriz: Trochu y el ministro de la Guerra. — El nombramiento del general se inserta en el *Journal Officiel* (18 de agosto).
- V.—El campamento de Chalóns después de la partida del general Trochu. — El emperador: cómo permanece en medio del ejército. — Mac-Mahón: sus terribles perplejidades; con qué ansiedad espera las noticias de Bazaine. — Mensajes recibidos de Metz; informe del comandante Magnán; despachos transmitidos por Bazaine el día de la batalla de Saint-Privat. — Interrupción de las comunicaciones telegráficas con Metz (19 de agosto). — Palikao: con qué ardor impulsa á Mac-Mahón á que se reuna con Bazaine. — Mac-Mahón: sus indecisiones. — Cómo parece amenazado el mismo campamento de Chalóns. — Partida del ejército para Reims (21 de agosto). — El Sr. Rouher en el cuartel general del emperador: consejo celebrado en Courcelles-les-Reims: cómo parece definitivamente adoptada la retirada á París. — Despacho y cólera de Palikao: su despacho (22 de agosto). — Cómo en el intervalo un despacho de Bazaine enviado por medio de un emisario hace que Mac-Mahón piense nuevamente en Metz: nuevo mensaje de Bazaine y por qué causa inexplicable no tiene Mac-Mahón noticia de este mensaje. — Cómo al fin se decide la marcha hacia el Este.

I

Las batallas del 6 de agosto habían separado violentamente al ejército de Bazaine del de Mac-Mahón. Ya hemos visto la suerte que cupo al primero; veamos ahora lo que ocurrió al segundo, para lo cual debemos remontarnos diez días atrás.

A las dos de la madrugada del 7 de agosto, los habitantes de Saverne habían sido despertados por las pisadas de los caballos y el ruido de armas de la caballería: los primeros en llegar fueron los lanceros; siguieron luego los húsares y los coraceros y finalmente los cazadores que á causa de la confusión habían tenido que detenerse á la salida de Niederbronn (1). A las cuatro, y en la misma carretera, que era la de Ingwiller, distinguieron numerosas tropas de infantería. Algunos batallones conservaban un continente bastante altivo; pero la mayoría de ellos estaban diseminados en pequeños grupos que ora apretaban el paso á causa del miedo, ora se rezagaban vencidos por la fatiga. Muchos soldados habían perdido sus mochilas, sus efectos, sus utensilios y en todos se veía el mismo desorden, el mismo sombrío atontamiento de la derrota. De cuando en cuando algunos vehículos atravesaban por entre los peatones y con todo el egoísmo de los grandes peligros empujaban á los soldados á las cunetas del camino.

Los aldeanos, asomados á las puertas de sus casas, aventurábanse á interrogar á los fugitivos, pero sin obtener más respuesta que un silencio abrumador ó algunas palabras azoradas que propagaban el espanto. El heroísmo sólo tiene un día, y cuando el éxito no ha coronado los esfuerzos, el valor se deprime en la misma proporción en que se había exaltado. ¿Quién habría reconocido en aquellos restos á los soberbios, á los sublimes regimientos de Froeschwiller?

A la entrada de la población, los oficiales del estado mayor salieron al encuentro de los soldados, los reconocieron por el número que llevaban en el cuello de la levita y trataron de agruparlos por regimientos. En las praderas de Saverne pasóse lista y apenas respondieron la mitad de los llamados; afortunadamente no todos los que faltaban debían darse por perdidos, pues á raíz de la derrota, muchas fracciones del 18.º, del 96.º y del 78.º de línea y del 1.º de tiradores habían tomado la carretera de Bitche; Ducrot, con una porción de sus hombres, había seguido el camino de la Petite-Pierre; no pocos soldados sueltos, bajo la impresión de terror de las persecuciones, se habían dispersado por todas las vías forestales, y algunos destacamentos habíanse dirigido á Haguena y desde allí á Estrasburgo (2). El 1.º cuerpo había arrastrado consigo una de las brigadas de la división Guyot de Lespart, la brigada de Fontanges (3),

(1) *Historique du 11.º régiment de chasseurs.*

(2) Véase *Revue d'histoire*, septiembre de 1902, pág. 590.

(3) 5.º cuerpo.

la cual, en la etapa que se acababa de recorrer, había empujado delante de ella á los rezagados y formado la retaguardia, y eran las diez de la mañana cuando llegó á Saverne.

Era preciso dar de comer á aquella multitud, y como faltaban provisiones, hubo que traerlas de Phalsburgo y también, por ferrocarril, de Sarreburgo, y mientras llegaban, los habitantes de Saverne dieron generosamente lo que tenían. Las dos terceras partes de los soldados habían perdido sus marmitas, pero con las que había se arreglaron todos. Después las tropas se rindieron á un cansancio extremo: habían andado toda la noche y combatido todo el día antes; y en la noche que precedió á éste una violenta tempestad había acortado su sueño.

Mientras á la fatiga sucedía este descanso precario y abrumado, Mac-Mahón velaba en medio de todas las dificultades, de todas las intermitencias de la derrota. No tenía galleta, ni víveres de campaña ni objetos de campamento; pero la mayor penuria era la de las municiones: tantas se habían consumido en la batalla, que en muchas compañías sólo quedaban cinco ó seis cartuchos por hombre. El mariscal pidió auxilio á Canrobert, el cual prometió, á fuer de compasivo compañero de armas, enviar lo que podría, y luego telegrafió á Metz al jefe del estado mayor general, y á París al ministerio de la Guerra (1). La principal preocupación era, sin embargo, el itinerario de la retirada: Mac-Mahón, en un principio, se había hecho la ilusión de que podría conservar la línea de los Vosgos; pero el estado de su ejército, harto desorganizado para una nueva lucha, hacía quimérica esta esperanza. Lo más hábil habría sido quizás retroceder hacia el Sur, bajo la doble protección del Zorn y del canal del Marne al Rhin, y luego llamar al 7.º cuerpo, con lo cual se habría amenazado de flanco al enemigo y defendido, aunque indirectamente, la carretera de París: tal es por lo menos el plan que se ha preconizado *a posteriori*. El mariscal, penetrado de lo crítico de su situación, pensó ante todo en poner gran distancia entre el ejército victorioso y sus tropas debilitadas: «Resolví volver al campamento de Chalóns, escribí posteriormente; allí podía reorganizarme, recibir á los reservistas que aun no se me habían juntado y proveerme de los efectos que me faltaban (2).»

Como los prusianos habían, al parecer, suspendido la persecución, creyóse que podría aplazarse hasta la mañana siguiente la ejecución de aquel plan; pero á las cuatro y media de la tarde los vigías señalaron al Norte de Steimburgo la presencia de una caballería numerosa acompañada de artillería, aviso que confirmaron varios viajeros llegados de Estrasburgo en ferrocarril (3). Desde Saverne, además, parecían distinguirse grandes nubes de polvo como las que levantan las columnas en marcha. Tales noticias é indicios persuadieron al mariscal de que los alemanes se preparaban á atacarnos, tal vez á cortar nuestra línea de retirada (4),

(1) Véanse los telegramas del 7 de agosto (*Revue d'histoire*, septiembre de 1902, págs. 646-647.)

(2) Tomado de *Souvenirs du maréchal de Mac-Mahón*.

(3) General Bonnal, *Fraschwiller*, pág. 456.

(4) *Journal de marche du 1.º corps d'armée*. — Notas dictadas en Wiesbaden por el mariscal Mac-Mahón.

por lo que decidióse precipitadamente la partida. Y después de un corto descanso, más propio para exasperar que para calmar la fatiga, nuestros soldados, sacudiendo sus rígidos miembros, pusieron nuevamente en marcha cuando declinaba el día.

El ejército se dirigió á Sarreburgo: la mayor parte de la infantería fué por el ferrocarril que ora corriendo paralelo al Zorn, ora hundiéndose en numerosos túneles, atraviesa en aquel sitio la masa de los Vosgos; la artillería y los bagajes, protegidos por la brigada de Fontanges y por un regimiento de cazadores montados, siguieron el camino que sube hacia Phalsburgo y desciende por la otra vertiente de la cordillera; y la división Lheriller (antigua división Raoult), engañada por una indicación falsa, siguió también aquel camino (5). A las once y media estalló una terrible tempestad; jinetes é infantes, extenuados por la fatiga y por el hambre, experimentaban toda suerte de terrores, el de las tinieblas, el de los bosques y montañas y el del enemigo. Al amanecer, las primeras columnas llegaron á Sarreburgo.

A la desgracia juntóse una lamentable incuria. Una previsión, aun la más ordinaria, aconsejaba que, al llegar á la vertiente occidental de los Vosgos, fuesen inutilizados los túneles del ferrocarril entre Sarreburgo y Saverne, es decir, los pasos que pudieran facilitar la invasión enemiga. Dícese (6) que el general La Bretteville, comandante de los ingenieros del 1.º cuerpo, sugirió este proyecto á Mac-Mahón, y aun se añade que los hornillos de mina estaban preparados; pero el mariscal, esperando todavía poder reanudar la ofensiva, resolvió esperar, de manera que la línea quedó intacta. Algunos días después, las órdenes del ministro habían de prescribir la destrucción; mas ya no sería tiempo porque el enemigo se habría apoderado de la vía férrea (7).

En la industria, una ruina provoca siempre otras ruinas; lo mismo sucede en los ejércitos: Mac-Mahón vencido había de arrastrar en su retirada á Faily, que no había combatido; por esto, en aquel 8 de agosto, el mariscal vió llegar á Sarreburgo el 5.º cuerpo.

Faily había pasado en Bitche el día 6 de agosto, y su mirada flotaba incierta entre todas las cosas que se consideraba llamado á proteger. Al oír el cañoneo en la dirección de Niederbronn, había enviado la división Guyot de Lespart con orden de marchar apresuradamente al lugar del combate. Por la tarde recibió un despacho muy á propósito para sumirle en mayor perplejidad: Lebœuf le comunicaba que el ferrocarril estaba cortado entre Sarreguemines y Bitche y que el general Frossard y el mariscal Bazaine se veían atacados: «Estado alerta,» añadía el jefe del estado mayor general. De modo que el peligro no estaba solamente á la derecha, por el lado del Sauer, sino también á la izquierda, por la parte del Sarre. Faily habíase afirmado más que nunca á la idea de atender á dos fines, lo cual era la manera más segura de no socorrer á nadie y de perderse por exceso. Tal era su situación cuando á eso de

(5) *Revue d'histoire*, septiembre de 1902, pág. 594.

(6) Véase *Wissembourg, Fraschwiller*, por el comandante De Chalus, pág. 165.

(7) Véase Jacqmin, *Les chemins de fer pendant la guerre*, páginas 135 y 324.

las seis y media recibió del jefe de la estación de Bantein un telegrama que decía simplemente: «El enemigo, en Niederbronn; el descalabro es general,» fatal noticia simultáneamente confirmada por varios avisos. Inmediatamente se apoderó de Faily un temor terrible, el de verse envuelto ó aislado, y á toda prisa convocó un consejo de generales para resolver si había que aceptar el combate junto al fuerte de Bitche ó si, por el contrario, convenía seguir á Mac-Mahón y retirarse por la sola carretera que quedaba expedita, la de la Petite-Pierre. Después de un largo debate prevaleció esta segunda solución y á las nueve de la noche comenzó la marcha, dejando en Bitche una pequeña guarnición y hasta los bagajes, á fin de facilitar la retirada. El ejército había de atravesar una región muy accidentada y cubierta de bosques; la noche era brumosa; uno de los guías encargados de conducir las columnas se extravió, y los carros de la artillería se hundían profundamente en el suelo mojado y sólo á fuerza de brazos podían ser retirados de las rodadas. A las nueve de la mañana del 7 de agosto, los primeros destacamentos llegaron á la Petite-Pierre; los otros tardaron un poco más. En los alrededores del fuerte vivaqueaban ya los soldados de Ducrot, y aun cuando éstos ofrecían bastante buen aspecto, sus relatos no dejaron de impresionar á los que no habían combatido. A las cuatro de la madrugada siguiente, prosiguió la retirada bajo una lluvia torrencial y por caminos de travesía; las reservas de artillería y de ingenieros, las ambulancias y los servicios auxiliares llegaron á Sarreburgo; el grueso de la infantería se detuvo á poca distancia de esta población, en la aldea de Lixheim.

En la tarde del 8 de agosto, efectuóse en las cercanías de Sarreburgo una especie de concentración general, y allí encontró el 1.º cuerpo á muchos de los que se creía perdidos, como Ducrot, procedente de la Petite-Pierre, y los soldados sueltos que habían huído por los senderos de las montañas. También estaba reunida en Sarreburgo la división Conseil-Dumesnil, del 7.º cuerpo, que había compartido las glorias y los infortunios de Freschwiller; y finalmente acababa de comparecer Faily con su cuerpo, excepción hecha de la brigada Lapasset, que se había quedado en Sarreguemines y desde allí se había dirigido á Metz. Esta unión de nuestros efectivos debía hacernos menos vulnerables; además, desde Saverne, habíamos puesto entre el enemigo y nosotros la barrera de los Vosgos, y llevaríamos algunos días de delantera al ejército del príncipe real. Mas sea cual fuese esta situación algo menos precaria, Mac-Mahón consideró urgente apresurar, en vez de suspender, el movimiento hacia Chalóns, pues así lo disponían las instrucciones del emperador, transmitidas el día antes desde Metz y confirmadas por telegrama recibido durante la noche (1). Por otra parte, el mariscal, que desde su gran derrota se había vuelto tímido, estaba resuelto á no emprender nuevas aventuras mientras no contase con fuerzas completamente descansadas. «Antes de quince días, decía, no puedo llevar contra el enemigo mis tropas desorganizadas y faltas de todo.»

Al día siguiente, 9 de agosto, continuó, pues, la marcha retrógrada, habiéndola emprendido no sólo Mac-

Mahón, sino también Faily, quien, sucesivamente subordinado ó substraído á la autoridad del mariscal, según las variables órdenes recibidas de Metz, había de seguir en lo sucesivo la suerte del 1.º cuerpo. El abastecimiento de las tropas exigía que se utilizaran varios caminos; de aquí que se formaran tres grandes columnas: á la derecha, Faily, con dos de sus divisiones, se dirigió á Rechicourt-le-Chateau; en el centro el 1.º cuerpo, con la división Conseil-Dumesnil, tomó el camino de Blamont, y á la izquierda, la división Guyot de Lespart, del 5.º cuerpo, torciendo hacia el Sur, encaminóse á Baccarat. A la vanguardia iban las dos divisiones de caballería Bonnemaíns y Duhesme, que, por una singular inversión de papeles, precedían al ejército en vez de protegerle y cubrir su retirada.

En el entretanto, en Metz se sucedían los planes unos á otros. El 7 de agosto casi se había adoptado la idea de una retirada general hacia Chalóns; pero al día siguiente había prevalecido otra combinación, á saber, la de una concentración en Metz. Si se pensaba en organizar la resistencia alrededor de esta gran plaza fuerte, convenía reunir en ella las fuerzas dispersas; de aquí el proyecto de dejar que Mac-Mahón efectuase solo su retirada á Chalóns, en donde reorganizaría su ejército, y de hacer regresar hacia el Mosela el 5.º cuerpo. Este plan ofrecía realmente grandes ventajas, pues el ejército de Faily proporcionaría al de Metz un refuerzo de cerca de veinticinco mil hombres; además se presentía, sin adivinar toda la extensión del peligro, que el 5.º cuerpo, si permanecía en contacto con el 1.º, sentiría, como por contagio, las influencias desmoralizadoras de la derrota. El 9 de agosto, el general Lebœuf envió un oficial de estado mayor, el capitán De France, al general De Faily, á quien encontró en Rechicourt-le-Chateau; el despacho de que aquél era portador ordenaba al comandante del 5.º cuerpo que marchara, á ser posible, apresuradamente á Nancy y desde allí se dirigiera á Metz. Al recibir este mensaje Faily experimentó una gran turbación y una gran perplejidad que no pudo disimular: en la marcha por Nancy, decía, temía verse atacado de flanco por los prusianos victoriosos; temía también las consecuencias de un combate empeñado con sus tropas fatigadas por las etapas y por las privaciones de los últimos días; y finalmente añadía que sólo contaba con tres brigadas intactas, afirmación no del todo cierta, pues la brigada Guyot de Lespart, propiamente hablando, no había combatido (2). Al día siguiente supose que el enemigo se había presentado en Dieuze y en Chateau-Salins, y en vista de estas noticias, modificóse la orden primitiva y Faily fué autorizado para dirigirse á Metz pasando, no por Nancy, sino por Toul, pudiendo infringir estas prescripciones sólo en el caso de que el enemigo se le adelantara con fuerzas superiores, quedando entonces autorizado para modificar su itinerario é inclinarse hacia el Sudoeste, es decir, hacia Langres. Pero muy pronto las numerosas variaciones del general en jefe echaron abajo este proyecto, y resuelta definitivamente la retirada á Chalóns, una nueva contraorden enviada al comandante del 5.º cuerpo le mandó proseguir, sin desviarse de ella, su marcha á París.

(2) Nota dirigida á la sección histórica del estado mayor del ejército por el general De France. Parte del capitán De France. — *Journal de marche du 5.º corps*, redactado por el capitán Piepape

(1) *Revue d'histoire*, septiembre de 1902, pág. 649.

Ni Faily ni Mac-Mahón habían interrumpido el movimiento retrógrado, que continuaba en medio de penosos contratiempos de toda clase. Una serie de lluvias, hecho de todo punto extraordinario en aquella estación, ponía intransitables los caminos y convertía en lodazales los sitios en donde se instalaban los vivaques. Las penalidades eran tanto mayores para los soldados del 1.º cuerpo, cuanto que en su mayoría carecían de efectos de repuesto, por haber sido abandonadas en Frœschwiller un gran número de mochilas. No era mucho mejor la situación del 5.º cuerpo, ya que, en la imprudente precipitación de la retirada, los bagajes habían quedado, como hemos visto, en Bitché. A los lastimados de los pies se añadieron numerosos enfermos, y fué menester formar trenes especiales para enviar hacia el interior á los inválidos. La necesidad de resguardarse de las intemperies hizo que al sistema de vivaques se substituyera el de acantonamientos; además, como escaseaban los víveres, se recurrió á las requisas, y los soldados, apartándose de la estricta disciplina, se proporcionaban por el merodeo lo que les faltaba. La penuria de los cuadros de oficiales, casi enteramente destruídos en los últimos encuentros, aumentaba la confusión que encontramos perfectamente reflejada en una orden de Mac-Mahón que, con fecha 12 de agosto, mandaba reorganizar las compañías de manera que «cada una de ellas estuviese mandada por un oficial.» En una proclama de la misma fecha dirigida á las tropas procuró el mariscal levantar los ánimos, recordando que en la jornada del 6 de agosto sólo la superioridad numérica había podido vencer al valor francés y oponiendo á las pérdidas de su ejército las más considerables del adversario. «Si no habéis sido perseguidos, añadía, buscad la causa de ello en el daño que habéis causado al enemigo.» Por último anunciaba el término de las penalidades y saludaba la esperanza de un brillante desquite. Estas exhortaciones, unas veces eran escuchadas en medio de un triste silencio y otras provocaban comentarios escépticos ó burlones, y claramente se veía que los elementos malos estropeaban los buenos. Bajo tan disolventes influencias prosiguió la marcha. El 10, llegó el ejército á Luneville; el 11, el 12 y el 13, los términos de etapa fueron para el 1.º cuerpo Bayón, Haroué y Gondrecourt, y para el 5.º, muy separado del 1.º, Charmes y Mirecourt. Afortunadamente todas las vías férreas que convergían hacia el interior estaban aún intactas y la Compañía del Este había reunido todo su material disponible, abreviándose gracias á ella el viaje en que se desmenuzaban nuestros contingentes. El ferrocarril recogió el 14 en Neufchâteau las tropas de Mac-Mahón y el 17 en Chaumont las de Faily, y escalonando los trenes en todas las vías libres, las transportó en tres días al campamento de Chalóns.

Los azares de la guerra agrupaban las fuerzas francesas en dos grandes masas: en Metz, Bazaine; en Chalóns los vencidos de Frœschwiller y los soldados de Faily. Sin embargo, en esta reconcentración general del ejército del Rhin, poco antes desplegado á lo largo de la frontera, un solo cuerpo conservaba sus primitivas posiciones, el 7.º, que, en medio del universal desorden, parecía olvidado en los confines de la Alta Alsacia.

En la historia de este cuerpo encontraríamos la ima-

gen compendiada de las imprevisiones, grandes ó pequeñas, en que todo se hundía. Había sido colocado en la extrema derecha del ejército, demasiado lejos de las demás fuerzas combatientes para prestar ó recibir socorro, y tres semanas después de la declaración de guerra sólo disponía de dos de sus tres divisiones y le faltaba la mitad de su caballería. De aquellas dos divisiones, una, la división Conseil-Dumesnil, había sido enviada, en 4 de agosto, á Mac-Mahón, habiendo quedado únicamente en Mulhouse una división, la de Liebert, y algunos escuadrones de húsares que recorrían á la ventura la planicie del Rhin. Félix Douay recogía en su cuartel general, un poco al azar y sin poder comprobarlos, los informes que le daban los alcaldes, los aldeanos y algunos espías que seguramente lo eran también del enemigo. A la primera noticia de las derrotas, recibió Douay un despacho increíble de Metz, en el que se le decía que enviara una de sus divisiones á Estrasburgo y replegara las otras en Belfort (1). Douay, impotente para aumentar la guarnición de Estrasburgo, envió á Belfort la única división de que disponía. La marcha duró dos días y, según los testimonios menos sospechosos (2), fué lamentable, turbada por rumores siniestros, retardada por enervadoras paradas y deshonrada por actos de vergonzosa indisciplina, como los de algunos soldados de infantería que abandonaron en la carretera sus fusiles y tiraron por el camino sus cartuchos. Los aldeanos contemplaban aquella retirada con exasperada sorpresa, y no acertando á explicarse aquel retroceso sin combate, creían que las tropas se habían equivocado y les gritaban, señalándoles al Este: «Por allí está el Rhin.» En Belfort, la división Liebert se aumentó con la división Dumont que en parte había llegado de Lyon y en parte de Civitavecchia, con lo que su efectivo total de aquellas fuerzas alcanzó la cifra de diez y siete mil hombres. Por las vías libres aún, y á costa de grandes rodeos, tal vez habría sido posible llevar las dos divisiones hasta Metz, en donde habrían sido un poderoso refuerzo para los próximos combates; pero ninguna orden llegó hasta el 16 de agosto, día en que un despacho del ministro de la Guerra dispuso que aquellas tropas volvieran á Chalóns. La prescripción era ya tardía porque de un momento á otro quedarían cortadas las vías férreas. La Compañía de Lyon y la del Este aunaron sus esfuerzos, y utilizando todas las líneas disponibles, el 7.º cuerpo, que debía retroceder como el 5.º sin haber combatido, fué expedido á la Champaña.

II

En la llanura de Chalóns, como en una playa después de la tempestad, iban á varar todos los restos que la guerra arrojaba. ¿Sería posible sacar aquellos restos nuevamente á flote?

A partir del 15 de agosto, sucediéronse los trenes que dejaban en Mourmelon á los soldados del 1.º cuerpo. Algunos de éstos no tenían fusiles ni cartucheras; muchos oficiales habían perdido sus caballos y sus efectos; los uniformes estaban estropeados, desteñidos, húmedos como si se hubieran hallado expuestos durante un año al

(1) Telegrama del emperador á Douay, de 7 de agosto, á las cinco y media de la mañana.

(2) Príncipe Bibesco, *Belfort, Reims, Sedan*, pág. 29.

sol y á la lluvia; y según afirmación de un testimonio fidedigno, aquellos hombres parecían haber combatido seis meses (1). Los relatos que se escapaban de aquellos labios descorazonados revelaban todas las alucinaciones engendradas por el exceso de fatiga ó por el azoramiento de la retirada. Algunos jefes, improvisados en las últimas etapas, extraños por completo á los soldados, á quienes no conocían, carecían de esa autoridad que restablece la disciplina y levanta los espíritus; y no es que hubiesen faltado cuadros, puesto que poco antes los había magníficos, admirables, que cualquier ejército habría envidiado; pero los mejores oficiales, los soldados más valientes estaban en las ambulancias ó habían encontrado en las colinas de Frœschwiller el sitio del descanso eterno.

Ante el aspecto de tales miserias comenzó á propagarse una frase: «Es la retirada de Rusia, pero sin nieve (2).» Al mismo tiempo empezaba á sentirse un gran temor, el del contagio que en torno suyo propagarían aquellas tropas quebrantadas por la derrota. Se esperaba en el campamento el 5.º cuerpo, ya muy mermado, y, según todas las apariencias, también el 7.º; además, en Mourmelon se formaba un nuevo cuerpo, el 12.º, cuyo núcleo eran ciertos elementos del 6.º cuerpo que, á consecuencia de la interrupción de las vías férreas, habían quedado separados de Canrobert. ¡Cuán desmoralizador no sería para todas estas fuerzas el contacto con los regimientos vencidos! Y cuanto más jóvenes fueran los contingentes, más fácilmente harían presa en ellos estas influencias disolventes. Pues bien, en los barracones estaban agrupados, desde hacía algunos días, los batallones de los móviles del Sena, que habían llegado en disposiciones muy equívocas, reclamando como un derecho el regreso á París é irritados además (y no sin cierta razón) por lo incompleto de su armamento y la escasez de todo. Lo que entonces era simple descontento ó turbulencia, corría el peligro de transformarse en disgregación completa si los propagadores de malas nuevas, los directores de la indisciplina, los fomentadores del desaliento podían invocar el ejemplo ó las palabras de soldados reputados como aguerridos.

La misma situación del campamento engendraba otro motivo de alarma: instalado muy lejos de la frontera, en medio de una vasta planicie, no había sido dotado de ninguna defensa, tan inverosímil parecía que hasta allí pudiese llegar el enemigo; todo se había combinado para las maniobras de las tropas, pero no se había tomado precaución alguna contra la invasión. Ahora bien, allí iba á parar todo en una confusión espantosa, material, artillería, destacamentos aislados, guardias móviles provistos de armas antiguas ó sin arma alguna, y veteranos no repuestos aún de la derrota. Si las vanguardias alemanas redoblaban la velocidad de su marcha, arrollarían sin resistencia aquellos rebaños humanos; y este peligro, aunque no era inmediato, no dejaba de ser amenazador. El 15 y el 16 recibieron despachos, inexactos por fortuna, que contenían noticias alarmantes; según ellos, habían sido vistos en el Argonne algunos exploradores prusianos, y el general de Linie-

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración del general Schmitz, tomo II, pág. 276.

(2) General Bonnal, *Frœschwiller*, pág. 462.

res, encargado del mando territorial en Chalóns, anunciaba la presencia del enemigo en las inmediaciones de Bar-le-Duc.

No faltaban en el campamento hombres perspicaces y bastante animosos para señalar estos peligros. El general Berthaut, que mandaba los móviles del Sena y que apenas comenzaba á poner un poco en orden su joven tropa, temía mucho una sorpresa que seguramente se convertiría en catástrofe. En el entretanto, había sido puesto al frente del 12.º cuerpo, en vías de formación, el general Trochu, que había escogido como jefe de Estado mayor al general Schmitz; éste fué el prime-



El general Berthaut

ro en llegar, y en cuanto estuvo en Mourmelon quedó aterrado del espectáculo que se ofreció á sus ojos: «Jamás había visto unas tropas en más deplorable estado.» declaró algún tiempo después. Había conocido en China al general Palikao, y aprovechando esta circunstancia, atrevióse á revelar toda la verdad, telegrafando el 16 al ministro: «Tomo bajo mi responsabilidad decir que la situación del campamento de Chalóns es comprometidísima; reina allí un desorden enorme... La posición no es en modo alguno defensiva y á lo sumo es buena para la ofensiva... Si el enemigo, continuando las audaces incursiones que de unos días á esta parte realiza, se presentase en el campamento de Chalóns, todo en él quedaría destruído.» La conclusión era el abandono del campamento, y el general se permitía proponer la línea de retirada por donde el ejército se replegaría. Mientras este despacho era transmitido al ministro, Trochu se hallaba en camino para tomar posesión de su mando, y durante el trayecto, en la misma estación de Chalóns, recibió una impresión anticipada de lo que le esperaba, pues en los vagones los zuavos del 1.º cuerpo gritaban, cantaban, se entregaban á toda suerte de libaciones y permanecían desnudos en el estribo de los carruajes, ostentando públicamente el